

TAMARA PACHACO

TÚ EN MIS
200 DÍAS



Áurea Ediciones

Casualidad o coincidencia

—¡Aprobé! —se escucharon mis gritos de felicidad, corriendo por toda la facultad como una niña a la que le habían regalado su primer juguete.

—Elizabeth, no sabes cuánto me alegro de tus logros —dijo con voz temblorosa mi madre—. ¿Te puedes imaginar lo orgullosa que me siento de ti, hija mía?

A mis veintiséis años, por fin era veterinaria. Con una botella de champaña en mi mano, brindaba junto a mi madre. No había palabras para describir lo feliz que me sentía; llegando a casa, siguió la celebración con mis tíos que me esperaban con ansias.

—Eli, muchas felicidades —dijo tía Ema junto con abrazos y mis chocolates favoritos.

—Pequeña Eli, hoy es un gran día, ¡por fin tenemos una doctora en la familia! —dijo mi tío Carlos con una

gran sonrisa.

—¡No lo puedo creer! ¡Eli amiga! —escuché el grito de Paula, mi mejor amiga.

Era de ese tipo de amistad capaz de usar mi cepillo de dientes y ropa interior cuando se quedaba en mi casa; algo alocada y directa, muchas veces hiriente, eran de las que te dan abrazos y no te dejan respirar, pero sobre todo fiel. Paula era muy guapa, solo dos años menor que yo, más de un chico estaba loco por ella. Tenía unos enormes ojos pardos, tez blanca, cabello liso y castaño. Su cuerpo era de contextura media, es decir, no tan flaca, tampoco tan rellenita y bastante alta. En cuanto a su ropa, usaba ropa muy apretada y de variados colores, pero su color favorito era el negro. Le gustaba usar unos jeans azules y su chaqueta de cuero negro, ¡les encantaban!, eran sagrados. En cuanto a joyas, solamente usaba sus aros colgantes favoritos y el anillo que le había regalado su padre antes de morir. Era realmente hermosa.

—¡Esto lo tenemos que celebrar! —exclamó Paula.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—¿Cómo que a dónde vamos? ¡A celebrar, mujer! Vamos, arréglate, te tienes que ver hermosa esta noche.

Yo, entre que quería y no, pero bueno, tampoco iba a ser de esas amigas aburridas, así que finalmente acepté su invitación. Me fui de inmediato a mi habitación y mientras me cambiaba de ropa, escuchaba que mamá le decía a Paula que me cuidara. Mi madre era un poco aprensiva, yo era su única hija y por ese motivo me cuidaba tanto. Cuando se fue papá de casa, quedamos las dos solas e hizo la labor de padre y madre, la verdad se lo agradecía, cada momento que la he necesitado ha estado

conmigo, sin dudar.

—Sí tía, claro que la cuidaré.

Se escuchaba un poco irritada, como la conozco tanto, solo lo decía para que mi madre se quedara tranquila, pero sabía que yo me sabía cuidar perfectamente. Bueno, al menos eso me hacía creer.

Me puse lencería de encaje blanco, vestido y tacones dorados, unas hermosas pulseras y collar que combinaban perfectamente con mi vestuario. Me sentía bella y empoderada. Lógicamente, no era la mujer más hermosa del mundo, pero me sentía bastante guapa. Era delgada, tenía piel blanca, cabello oscuro, metro setenta de estatura. Lo que más me gustaba de mí eran mis enormes ojos color miel. Me maquillé rápidamente, necesitaba liberar pronto a Paula del martirio, la pobre ya no sabía qué más decir.

—¡Toma ya tus cosas! —exclamó Paula, entrando y azotando la puerta de mi habitación. Pero al mirarme dijo—: ¡Te ves hermosa, vas a dejar a todos con la boca abierta hoy!

Yo apenas podía caminar, con esos tacones tan altos se me doblaban los pies. Agarré mi cartera, el abrigo y nos fuimos.

—¿Llamaste al taxi? —pregunté.

—¡Claro, Eli!, ya no tarda en llegar.

Era viernes por la noche y las calles de Concepción estaban repletas. Los viernes y sábados eran de locos, los jóvenes salían de fiesta y llenaban todos los bares, por lo mismo tratamos de llegar antes al pub para así no hacer la enorme fila que se formaba en la entrada.

Cuando llegamos, nos percatamos de que estaba completamente lleno, había una fila interminable, ¡qué flojera!, ya me estaba arrepintiéndome de haber aceptado la invitación.

—Tendremos que hacer la fila, debimos haber llegado más temprano —exclamé.

—Anda ya, mujer, no seas tan negativa, entraremos igual, solo debemos esperar un momento.

Se escuchaba muy convencida, sinceramente no tenía la más mínima idea de cómo lo resolvería. De pronto, se escuchó un grito que venía desde la puerta de entrada.

—¡Paula!

Asustadas, miramos las dos al mismo tiempo.

—¡Matías! —exclamó ella.

Por lo visto se conocían, me agarró del brazo de un tirón y fuimos directamente a la puerta, y sin ningún problema nos dejó pasar. El chico era muy guapo. Tenía el cabello negro rizado, piel muy blanca y ojos encantadores. No pude evitar mirar su entrepierna, se notaba el bulto de su pene en el pantalón, por unos segundos me lo pude imaginar cogiéndome.

—¡Eli! —dijo Paula, interrumpiendo mis pensamientos.

Se había dado cuenta de que algo me pasaba, me conocía muy bien.

A medida que íbamos avanzando, coincidimos con muchos conocidos. De pronto encontramos la mesa perfecta para sentarnos; justo al frente de Matías. La mesa tenía una vista directa a la entrada, lo mejor de todo era que podía ver en todo momento al chico de los ojos encantadores.

—Buenas noches, ¿qué desean pedir? —nos preguntó el joven que atendía.

Mientras esperaba que le respondiéramos, yo seguía idiotizada, imaginando a Matías. Paula fue la primera en contestar, pidió un Martini.

—¿Y tú, Eli?

Al escuchar mi nombre, reaccioné, pero mis ojos seguían mirando hacia la entrada.

—Un pisco sour con dos hielos —respondí.

El joven se dio media vuelta y se fue directo a la barra.

—¿Qué pasa, Eli? Te veo muy pensativa, no me digas que Matías te dejó loca —dijo Paula, lanzando una tremenda carcajada.

No supe qué decir, por lo visto no había disimulado para nada las ganas que le tenía a su amigo. Lo traté de negar, pero ella era mucho más astuta que yo y sabía cuándo le mentía. En ese instante llegó el chico con nuestros vasos.

—¡Vamos a bailar! —dijo Paula.

Dejamos nuestros tragos en la mesa y nos fuimos al medio de la pista. Nos gustaba mucho ese lugar, habíamos ido hacía un par de años, luego entre tanto estudio y trabajo no habíamos tenido tiempo de salir, por ese motivo solo hacíamos celebraciones en casa. Entonces se acercaron unos chicos. Uno de ellos me saludó con un trago en su mano.

—¿Bailamos? —preguntó, muy convencido de que no me negaría.

Titubeando un poco, acepté.

—¿Cómo te llamas?

—Eli, ¿y tú?